

la parte teórica: concentración de la producción de una rama industrial dada —descrita por la proporción que representa dentro de una industria la producción de las cinco mayores empresas o grupos financieros de empresas—; consejeros comunes a varias empresas; grado de pliopolio —entrada de nuevas empresas en una industria— y algunos otros auxiliares. Se analizan dos tipos de concentración: la de empresas privadas no intervenidas —electricidad, siderurgia, cemento, banca, vidrio y papel— y los monopolios establecidos legalmente —azúcares, algodón, lúpulo: se excluyen expresamente las actividades con carácter de servicio público— monopolios fiscales —petróleos y tabacos— y otros monopolios —como el Servicio Nacional del Trigo.

Los resultados son fácilmente resumibles: una concentración media del 78'49 % con máxima de 100 % en cuatro sectores y mínima de 40 % en la industria papelera), un grado de pliopolio bajo en cuatro sectores, negativo en la banca (desaparición de 82 bancos desde 1918 al 56) y cero en los restantes, y una tupida red de conexiones entre los consejos de administración de la mayoría de las grandes empresas de cada sector. "Si a lo averiguado en los sectores estudiados añadiésemos los monopolios y las prácticas restrictivas existentes en determinadas ramas de la minería, en los mercados locales de pescado, carne y otros alimentos, en la industria química, en algunas de las llamadas profesiones liberales, etc., llegaríamos a la conclusión —afirma Tamames— de que sobre la economía española gravita una pesada carga de restricciones que frenan su desarrollo y dificultan el crecimiento del nivel de vida de nuestra población". Por último, tras revisar las normas legales de posible aplicación para una política antimonopolio —arts. 539 a 541 del C. Penal, art. 74 de la Ley de reforma tributaria de 1957 y art. 3 del decreto de ordenación económica de 21-VII-1959—, concluye que una po-

lítica al estilo de las estudiadas es insuficiente; "no puede basarse exclusivamente en una ley antimonopolio... sino que debe hacer uso continuo de los mecanismos arancelarios, de la política industrial y de la empresa pública".

JOSÉ M. BEIRAS

VERCORS, GUY BESSE - DR. PAUL CHAUCHARD, GILBERT MURY - CLAUDE CUENOT, ROGER GARAUDY - CLAUDE TRESMONTANT: *Morale Chretienne et Morale Marxiste*. "La Palatine, christianisme et actualité". París - Genève, 1960. 236 páginas.

El problema de la "moral" se encuentra polemizado en la obra que nos ocupa, por tres intelectuales católicos (Chauchard, Cuenot y Tresmontant) por una parte y tres pensadores marxistas (Besse, Mury y Garaudy) por otra. Se añade a esto la original colaboración del poeta Vercors, en el papel de "Speaker" equidistante; su intervención, aunque interesante, se limita a prologar y resumir las intervenciones de los tres pares de contrincentes.

Comienza G. Besse hablando del divorcio entre ciencia y conciencia que existe fuera del campo del materialismo histórico. Y como para el marxismo, a través de la ciencia se elabora la moral histórica, porque resulta indudable que la ciencia tenga un sentido, sentido que en ninguna manera puede ser distinto del sentido universal de la historia. Plantear el problema de la politización de la ciencia es un absurdo, porque quierase o no, la ciencia es y ha estado siempre comprometida; no es neutral, ni puede serlo más que el arte, el culto, o el juego.

El Dr. P. Chauchard (del que al igual que E. Poincaré, se podría decir que es excelente científico y pésimo filósofo), comienza hablando de lo que sabe, es decir de biología. Pero en confusa mezcla aparece una terminología marxista aplicada a expresar un extraño delirio metafísico, por

el que llega a hablar de la infraestructura orgánica, psíquica y social del alma... de una célula! Semejante creencia le permite desarrollar la teoría de que el determinismo social sólo actúa por existir previamente en el ser humano, y desde siempre, una "capacidad de ser determinado".

No queda muy claro el pensamiento del autor, cuando al hablar de la libertad la califica de determinismo superior. Sí queda claro, desgraciadamente, cuando afirma que el conocimiento científico no es la única posibilidad de conocimiento por parte del hombre. Pero nos vuelve a sorprender hablando de la síntesis dialéctica entre el conocimiento científico y el ascetismo oriental.

Afortunadamente, la sana razón acaba por prevalecer cuando, quizá por el consejo evangélico de la ley del talión, termina en una apología de la tolerancia.

La segunda parte se halla centrada sobre el tema: ¿Qué es el hombre?

G. Mury desarrolla el tema partiendo del hecho, de que es moral todo aquello que contribuya al movimiento de la clase ascendente. Insiste sobre el carácter básicamente colectivo, que tiene el enfrentamiento del hombre con los constreñimientos impuestos por la naturaleza. Siguiendo a Engels, dice que en la producción, los hombres no actúan exclusivamente sobre la naturaleza, sino también unos sobre otros.

El hombre aparece cuando la producción de subsistencias supera el consumo inmediato, con lo que surge el "ocio creador". De donde se deduce que el hombre es acción, que se hace a sí mismo. Y que la mano del hombre no es solamente su instrumento de trabajo, sino resultado del trabajo.

Hace un somero análisis de las necesidades y del trabajo, sus consecuencias en la estructura actual de la familia, y las consecuencias que en ella produce la "proletarización" creciente de las clases medias. A la diversidad de clases corresponde una

diversidad de moral, y la distinción entre medios de producción y relaciones de producción, se opera en la zona de lo puramente abstracto.

El Profesor C. Cuenot replica desde el punto de vista teilhardiano, y en realidad es el único de los católicos que logra contraatacar y llevar la iniciativa con bastante acierto, aunque no exento de algunas contradicciones y tautologías. Y lo que es peor, la escuela teilhardiana no parece haberse percatado de todas las posibilidades que su pensamiento encierra, como intento de superación (aunque sea puramente especulativo) del marxismo.

C. Cuenot, desafiando a sus propias jerarquías, habla en términos de moral "prometeica", al afirmar que el pecado contra sí mismo es siempre también, pecado contra la humanidad. Que ninguna falta es estrictamente individual.

El gran mérito de esta escuela estriba, en que siendo una escuela confesional, no parte de la noción de divinidad en sus razonamientos, sino la reserva el lugar exclusivo de conclusión final. Se podrá no estar de acuerdo con el resultado, o con todos los procesos del desarrollo, pero no se puede menos de admirar su honradez intelectual.

La última parte trata de los fines últimos y de los medios de la moral.

Comienza Roger Garaudy desarrollando el concepto de "alienación", y remitiéndose a lo que dice en su obra: "Perspectives de l'homme" sobre Teilhard de Chardin.

La alienación del trabajo engendra todas las otras formas de alienación, que tienen por consecuencia el que el hombre llegue a ser objeto y se deshumanice la sociedad.

El pensamiento "metafisicado" o se cosifica originando estructuras míticas o se abstrae en "n" grados tendiendo a deshumanizarse. La alienación se desarrolla en todos los niveles de la vida. En el plano económico da lugar al "fetichismo". en lo político, a la mistificación del Estado. En lo espi-

ritual la ambivalencia de los "hombres dobles". La alienación religiosa atribuye a la divinidad o al absoluto, propiedades inherentes a la materia o al hombre. La superación de la alienación no se consigue con la mera "toma de conciencia", hay que transformar el orden de cosas que lo produce.

La propaganda abstracta de la "no-violencia" paraliza la lucha de clases y se hace cómplice legal y permanente de la opresión. Los fines del capitalismo llevan implícitos los medios violentos. Únicamente por un proceso de abstracción absoluta se puede plantear el problema de la "no-violencia absoluta".

C. Tresmontant, en cambio, no parece haberse dado cuenta muy exacta del sentido del debate. Parece haber confundido el problema de los fines de la moral con las "postrimerías", y la seriedad de una controversia con la exégesis bíblica.

Para el señor Tresmontant resulta imposible el conocimiento científico de la materia, de donde deduce que su existencia únicamente se puede probar por el camino de la metafísica.

Tresmontant renuncia a convencer-nos racionalmente de nada, e intenta edificarnos con la santidad de una fe sólida e inquebrantable. No parado en su camino de perfección mística hasta incurrir en solipsismo.

Todo el resto de su artículo, no dudamos deba ser interesantísimo sobre todo para eruditos en Isaías. Desgraciadamente no parece aportar nada para dilucidar los problemas planteados.

Resumiendo, se trata de un libro que si bien no da respuesta a ninguna de las muchas preguntas planteadas, indudablemente sirve para clarificar cómo deben plantearse algunas de las preguntas.

F. L. DE YTURBE